

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO SEGUNDO: 2
Padre Arnaldo Bazán

"En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo" (2,3-4).

Herodes era rey de los judíos, pero él no era judío, sino idumeo. Los judíos lo detestaban, pues en realidad no era más que un representante del Imperio Romano. Ciertamente que para condescender con los judíos había hecho reconstruir el Templo, pero su forma de proceder era despótica y cruel.

El tenía que saber que los judíos esperaban a un Mesías. En aquellos tiempos la expectación del Mesías o Ungido de Dios estaba dirigida a esperar que un caudillo político, un rey al estilo de David, liberara por fin al pueblo de la situación de vasallaje en la que se encontraba.

El sobresalto de Herodes se debió, sobre todo, a que si el Mesías había llegado, y sería un rey, el destronado sería él, por lo que tenía que apresurarse en hacer desaparecer al recién nacido que aquellos magos andaban buscando.

Por otro lado, aunque es difícil suponer que todo el pueblo se enterara de la llegada de aquellos desconocidos, sabemos que las noticias se esparcen rápidamente como reguero de pólvora, y la gente, al pensar en la posibilidad de un enfrentamiento con Herodes, tenía que temer una reacción terrible de su parte, pues la gente conocía muy bien de que era capaz aquel reyezuelo impuesto por la fuerza, ya que había dado muerte a mucha gente, entre ellos a su propia mujer Marianne y a uno de sus hijos, por creerlos sospechosos de complotar contra él.

Por su parte, Herodes, sabiendo el peligro que corría su dinastía, si era verdad que el Mesías le quitaría el trono, comenzó por averiguar lo que se sabía del tal personaje. Y ¿quién mejor que los Sumos Sacerdotes y los doctores de la Ley para informarle?

Esa fue la razón de la convocatoria, pretextando de que se trataba de dar respuesta a los curiosos visitantes que habían llegado de improviso a Jerusalén.

Con todo, no había que ser Sumo Sacerdote, ni escriba, ni doctor para responder su pregunta. Los judíos, aún aquella mayoría de ellos que no sabían leer, conocía las Escrituras. Y este dato, sobre todo, les atañía directamente, pues estaba en el corazón de cada judío esa espera mesiánica que habían despertado en ellos los profetas del pasado. Todo apuntaba a un pequeño villorrio de unas cuantas casas, famoso sólo porque allí había nacido el gran rey David.

Arnaldo Bazán